

R F-C/SIL

Homenaje á los Dres. Gimbernat y Letamendi

DISCURSOS BIOGRÁFICOS

LEÍDOS POR LOS DOCTORES

D. Carlos de Silóniz

y

D. Mariano Batllés y Bertrán de Lis

EN EL

ANFITEATRO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BARCELONA

EL DÍA 13 DE OCTUBRE DE 1894

Precedidos del Acta de las sesiones celebradas por el Claustro médico en que se acordó colocar en la nueva Sala de Disección los bustos de los biografiados



BARCELONA. — 1894

IMPRENTA DE HÉNDRICH Y COMPAÑÍA, EN COMANDITA

PASAJE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 4



HOMENAJE

Á LOS

Dres. Gimbernat y Letamendi



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700677894

X

62-46-11

Homenaje á los Dres. Gimbernat y Letamendi

DISCURSOS BIOGRÁFICOS

LEÍDOS POR LOS DOCTORES

D. Carlos de Silóniz

y

D. Mariano Batllés y Bertrán de Lis

EN EL
ANFITEATRO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BARCELONA
EL DÍA 13 DE OCTUBRE DE 1894

*Precedidos del Acta de la sesión celebrada por el Claustro médico en que se acordó
colocar en la
nueva Sala de Disección los bustos de los biografiados.*



BARCELONA — 1894

IMPRENTA DE HENRICH Y C.^A EN COMANDITA

Paseo de Escudillers, 4



HOMENAJE

á los

Dres. Gimbernat y Letamendi

El día 13 de Octubre de 1894, á las once de la mañana é interin poblaban las gradas del Anfiteatro de la Facultad de Medicina numerosos invitados y se reunía en la Sala de Profesores el Claustro, las Autoridades y representantes de varias Corporaciones científicas, periodistas, comisiones escolares, etc., etc., la banda municipal colocada en el vestibulo tocaba escogidas piezas. A las doce, entraron en el Salón y ocuparon los sitios presidenciales el Sr. Decano Dr. D. Juan Giné y Partagás, en representación del Sr. Rector de esta Universidad literaria, sentándose á su derecha el Excelentísimo Sr. Gobernador civil de la provincia don Ramón Larroca, y á su izquierda el Iltre. Sr. D. Francisco de P. Nebot y Cantí, Teniente de Alcalde del distrito de la Universidad y en delegación del Excelentísimo Sr. Alcalde Constitucional. En los históricos



sillones se hallaban los Sres. Catedráticos de Medicina, y las gradas de la izquierda estaban ocupadas por numerosas representaciones oficiales, académicas, militares, eclesiásticas, de la prensa y de los distintos grupos de la Facultad de Medicina.

Abierta la sesión, el Catedrático Secretario de la Facultad, Dr. D. Gil Saltor Lavall, dió lectura al siguiente documento:

Sesión del día 16 de Septiembre de 1893

Presidencia del Sr. Decano, Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Giné

En el día diez y seis de Septiembre de mil ochocientos noventa y tres y á las cinco de su tarde, reunidos en la Sala de Juntas de este Colegio los Sres. Doctores, Silóniz, Rodríguez Méndez, Robert, Valentí, Morales, Coll y Pujol, Batllés, Bonet, Homs, Pi y Suñer, Massó, Martínez Vargas, Guedea, Fargas, y Saltor, Secretario, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Giné y Partagás, estando presentes por tanto todos los Señores Catedráticos de la Facultad, abierta la sesión por el Sr. Decano leyó el infrascrito Secretario el acta de la anterior, la cual fué, sin modificación ninguna, aprobada.

El Dr. Giné manifestó acto continuo haber convocado á los Sres. Claustales para enterarles del estado en que se hallaban las obras de reforma emprendidas en el antiguo edificio de esta Facultad, complaciéndose en que todos los Sres. Profesores hubieran podido

cerciorarse *de visu*, antes de comenzar la sesión, de que en breve quedarían dichas obras terminadas felizmente, habiéndose conseguido con ello, ya que no dar más amplitud al local, cosa imposible, distribuirlo con arreglo á las actuales necesidades de la enseñanza, puesto que desde el próximo curso quedan locales hábiles y en excelentes condiciones para todas las cátedras.

Hemos alcanzado el fin práctico que nos proponíamos con estas obras, continúa diciendo el Dr. Giné, y en especial modificar radicalmente el departamento anatómico, aquel que por deficiencias del local resultaba no sólo inconveniente, sino hasta insalubre; aquel que por su precario estado mayores reformas exigía, ya que todos reconocemos la suprema necesidad de que nuestros escolares se ejerciten cuanto sea dable en los trabajos prácticos de Anatomía, como base firmísima para todos sus ulteriores estudios. Con las reformas introducidas adquiere el departamento anatómico la debida importancia: forma su centro, por ser también la parte más esencial del mismo, la nueva Sala de Disección, perfectamente ventilada, con abundantísima luz zenital, con el suficiente número de mesas, bien surtida de agua, provista de buenos cuadros murales, con un kiosco central para contener los dibujos que han de servir de guía á los alumnos en sus disecciones; rodeada de todas las dependencias necesarias, como son la Sala de autopsias clinicas con el instrumental indispensable para ellas, los gabinetes del Director de Trabajos anatómicos y de los ayudantes disectores, colocados actualmente en buenas condiciones para el servicio que han de prestar. Junto á

esta Sala práctica, instalados quedan el bien provisto Museo anatómico, que hasta ahora resultaba poco menos que inútil para nuestros discípulos, pues el hallarse establecido en la Universidad era causa de que no fuera debidamente visitado y conocido, y el Laboratorio Histológico, departamento no menos importante por constituir hoy los estudios que en él se hacen, más que obligado complemento de la Anatomía, el preliminar indispensable para entender cuanto á los actos fisiológicos y patológicos del organismo se refiere.

Tantas y tales son, continuó el Sr. Decano, las reformas introducidas en el departamento anatómico de esta Facultad, que sin exagerar podemos considerarlo como casi enteramente nuevo, pues no sólo ha variado todo de aspecto y de disposición, sino que buena parte de lo que desde ahora utilizaremos resultaba desperdiciado, como el local, que antes era patio y las mejores preparaciones naturales y artificiales del Museo: el departamento anatómico resulta pues tan remozado, tan rejuvenecido, tan cambiado, que bien podemos calificarlo de *nuevo*: sin duda pudiéramos compararlo á una joven célula cartilaginosa incapsulada en la vieja cubierta del elemento anatómico que le dió origen, cual quedan la recién construída Sala de Diseción y sus dependencias encerradas entre los antiguos paredones de este edificio. Comienza pues para el departamento anatómico una nueva era, una nueva vida: desde ahora, no sólo será fácil en él el trabajo, sino hasta agradable, y es de esperar que los alumnos de esta Facultad sabrán aprovecharse de tan ventajosas condiciones, máxime cuando siempre esta Escuela,

pesar de las desfavorables circunstancias en que se ha hallado y continúa hallándose por no gozar de vida independiente, ha procurado dar la mayor amplitud posible á los estudios de Anatomía, habiendo salido de ella, no sólo numerosos y hábiles cirujanos que se han distinguido en todas ocasiones por la seguridad y perfección de sus conocimientos acerca de los menores detalles de la organización estática del hombre, sino también eminentísimos anatómicos, lumbreras de la ciencia que estudia la materia y la forma del cuerpo humano, que conquistaron nombre imperecedero, de todos conocido y por todos respetado.

Alude más especialmente á los preclaros doctores D. Antonio de Gimbernat y D. José de Letamendi: alumno del antiguo Colegio de Cirujanos de Cádiz el primero, y discípulo distinguidísimo, el segundo, de nuestra Facultad, puede decirse, sin embargo, sin exageración ninguna, que en esta como médicos nacieron y se desarrollaron; los dos son verdaderas celebridades en Anatomía: ambos fueron, en esta misma Escuela, Catedráticos de tan importante asignatura, enseñándola durante largos años á múltiples generaciones de alumnos con gran provecho de éstos y no menor honra para ellos. Hijos los dos de esta noble Cataluña, tanto Letamendi, como Gimbernat, reconocida y pregonada su valía por las cien trompetas de la fama, fueron llamados á la Universidad Central, en cuyo Colegio de San Carlos no sólo continuaron conquistando inmarcesibles lauros para sí y dando días de gloria á las cátedras que ocuparon, sino que con justicia merecieron verse elevados á los más altos cargos, dentro y fuera de la enseñanza, gracias á su poderosi-

sima inteligencia, á su gran talento, á su genio. Enorgullécese nuestra Facultad y se honra sobremanera recordando que pertenecieron á su Claustro docente tan célebres anatómicos, tan sabios é ilustres Maestros: por todas estas razones, termina diciendo el doctor Giné, ya que es costumbre dar un nombre á las salas de los Hospitales y de los centros de enseñanza, ya que hemos creado en esta Facultad la nueva Sala de trabajos anatómicos, teniendo en cuenta que aquí, en el mismo sitio que ella ocupa, hicieron sus estudios prácticos los que fueron después insignes Gimbernat y Letamendi, astros brillantísimos con propia y esplendente luz en el cielo de la Medicina patria y aun de la Medicina Universal, orgullo de la tierra catalana que les vió nacer y honra de esta Escuela, propongo al Claustro se sirva acordar que la Sala de Disección recién construída quede dedicada á dichos célebres anatómicos doctores D. Antonio de Gimbernat y don José de Letamendi, colocando en las paredes de la misma unos medallones que lleven en alto relieve modelados sus bustos, no sólo para perpetuar de esta manera la buena memoria que dejaron de su paso por esta Facultad, sino también para que sirvan sus nombres inmortales de ejemplo y estímulo constantes á la actual geración escolar y á las que han de sucederla.

Con gran entusiasmo manifestaron todos los presentes su conformidad con la proposición del Dr. Giné, que fué aprobada unánimemente, acordándose que los gastos que ello originase los sufragaran los Sres. Catedráticos de su peculio particular y que en modo alguno se pagasen con fondos de la Facultad, comisionándose

á los Sres. Decano y Secretario para cuidar de todo lo relativo á la ejecución de estos acuerdos.

Y no habiendo más asuntos de que tratar, siendo ya las siete de la noche, se levantó la sesión, de que, como Secretario, certifico.

Gil Saltor.

Sesión del día 28 de Mayo de 1894

Presidencia del Sr. Decano, Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Giné

Reunidos en la Sala de Profesores de esta Facultad en el día de la fecha y á las seis de la tarde los señores Dres. Silóniz, Rodríguez Méndez, Robert, Valentí, Morales, Coll y Pujol, Batllés, Bonet, Homs, Pi y Suñer, Massó, Martínez Vargas, Guedea, Fargas, Saltor, Secretario, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Decano Dr. D. Juan Giné y Partagás, declaró éste abierta la sesión ordenando al infrascrito Secretario la lectura del acta de la anterior.

Aprobada ésta sin modificaciones, tomó la palabra el Dr. Giné para manifestar que cumplido el acuerdo tomado por el Claustro en la Sesión del 16 de Septiembre de 1893, relativo á la colocación de los bustos de los Dres. Gimbernát y Letamendi en la nueva Sala práctica de Anatomía, consultaba al Claustro acerca de la conveniencia de dedicar una sesión solemne á

dichos esclarecidos anatómicos, sesión que podía terminar con el acto de descubrir los medallones que llevan sus efigies.

No hubo acerca de esta cuestión discrepancia alguna, pues todos los señores presentes fueron contestando afirmativamente á la pregunta del Dr. Giné. Este entonces indicó que, á su entender, en esta sesión debieran leerse las biografías de los Dres. Gimbernat y Letamendi, y que los más indicados para tributar este homenaje de respeto á tan ilustres anatómicos eran los que hoy son sus sucesores en la cátedra de Anatomía de esta Facultad, Dres. D. Carlos de Silóniz y don Mariano Batllés respectivamente; por lo cual, creyendo interpretar los deseos del Claustro, suplicaba desde luego á dichos señores se sirvieran encargarse de redactar las correspondientes Memorias.

Varios Sres. Catedráticos se expresaron en el mismo sentido que el Sr. Decano, y los Dres. Silóniz y Batllés accedieron gustosos á lo que de ellos se solicitaba, quedando por tanto encargado D. Carlos de Silóniz de la biografía del Dr. Gimbernat, y D. Mariano Batllés de la del Dr. Letamendi.

Preguntó el Dr. Giné al Claustro cuál era la fecha que consideraba adecuada para la celebración de este solemne acto: hubo acerca de este detalle ligero debate, y, por fin, teniendo en cuenta el reciente luto de la familia del Dr. Letamendi por el fallecimiento ha poco ocurrido de su señora hermana (q. D. h.) acordóse fijar para esta sesión el día 13 del próximo Octubre, delegando á los Sres. Decano y Secretario para que dispongan el orden con que debe celebrarse y cuiden de cuanto á este acto sea relativo.

Y no habiendo más asuntos de qué tratar, á las siete y media se levantó la sesión, de que, como Secretario, certifico.

Gil Saltor.

Barcelona, 20 Mayo, 1894.

Concluída la lectura del acta, uno de los bedeles, vestido de gran gala acompañó á la tribuna al Catedrático Dr. D. Carlos de Silóniz, quien leyó la siguiente

Biografía de D. Antonio de Gimbernat

Excmo. Sr.:

Señores:

No es posible rendir culto á una ciencia cualquiera, sin que de él participen también los grandes maestros que han contribuído á sus adelantos, y á los cuales en gran parte se debe el grado de esplendor y la nobleza que todos los ramos de los conocimientos humanos hoy alcanzan; y ese culto nos mueve, no ya sólo á admirar aquellos sublimes talentos y portentosas ini-

ciativas, sino que precisa además que dejemos algún recuerdo de sus merecimientos y virtudes á los que vengan en pos de nosotros.

Este doble objetivo persigue la Facultad de Medicina de Barcelona, al mandar esculpir en la nueva sala de prácticas anatómicas los bustos y los nombres de dos profesores eminentes, el esclarecido Gimbernat y el Ilmo. Sr. D. José de Letamendi, que fueron gloria de este Claustro, como son ambos honra preclara de las ciencias médicas, recomendando la lectura de su Biografía á los dos Catedráticos que hoy enseñan la asignatura de Anatomía que aquéllos tuvieron á su cargo.

Y honrado el que á vosotros se dirige con la misión de presentaros un resumen de la vida y de los merecimientos del insigne anatómico y cirujano catalán don Antonio de Gimbernat, procuraré cumplir esa misión con todo el celo que mi buen deseo me inspira, temeroso, empero, de que el éxito no corresponderá ni á la grandiosidad de la figura á que debo referirme, ni á las aspiraciones legítimas que vosotros Sres. Catedráticos habéis debido abrigar al encargarme tan grato como arduo y difícil cometido.

I

Gimbernat no es coetáneo á nosotros; Gimbernat pertenece al siglo XVIII, y, como todos sabemos, la organización administrativa de España en aquella época no

era la más á propósito para dejar consignados de una manera clara, indubitable, todos los antecedentes relacionados con una personalidad determinada.

Sin embargo, á pesar del largo tiempo transcurrido desde la muerte de nuestro biografiado, su personalidad no aparece envuelta en las sombras del misterio, ni siquiera de la duda, sino que, por el contrario podemos designar cuál fué el pueblo en que nació y la fecha de su nacimiento, quiénes fueron sus padres y sus abuelos, y también las vicisitudes por que pasara antes de que sus merecimientos le hicieran sobresalir, dándole el justo renombre que ha alcanzado en el campo de la ciencia médica y en particular del arte de la cirugía.

Débese en gran parte este hecho al entrañable amor que le profesaron sus hijos, de los cuales el mayor don Agustín, ya en el año 1828 escribió y mandó imprimir una reseña de la vida de su ilustre padre, consignando con minuciosos detalles los actos más importantes de la misma, trabajo que por la autoridad de la persona que lo escribió, ha servido de base para los otros varios que se han escrito sobre la vida de aquel ilustre maestro, y al cual también deberemos referirnos en el presente.

Gracias á la solicitud de un amigo, oriundo de la provincia de Tarragona, cuna de Gimbernat, hemos podido obtener una copia de la fe de bautismo del ilustre cirujano catalán, de la cual resulta que fué bautizado en la iglesia parroquial de la villa de Cambrils, campo y arzobispado de Tarragona, el día 15 de Febrero de 1734, con los nombres de Manuel, Luis, Antón, siendo sus padres D. Antonio de Gimbernat y Mateu

y D.^a Antonia Arbós y Arbós, labradores de aquella villa.

Sus abuelos paternos fueron el Dr. D. Sebastián Gimbernat, Notario de Cambrils y D.^a Marina Mateu; y los maternos, el Dr. D. José Arbós, Notario público del Real colegio de la ciudad de Barcelona, y D.^a Casilda Arbós y Pallejá.

Hijo de familia acomodada, los primeros pasos en la carrera de las letras debió darlos bajo la dirección del maestro de aquella villa, de la cual pronto salió para ampliar sus estudios en la de Riudoms, donde aprendió Latinidad, y ya nutrida su inteligencia con estos primeros elementales conocimientos, fué á Cervera al objeto de cursar Filosofía en aquella histórica é ilustre Universidad, por cuyas aulas pasaron todas las grandes eminencias científicas y literarias de Cataluña, pudiendo recordar entre ellas á nuestro D. Félix Janer, Decano que fué de esta Facultad de Medicina.

Coincidió con la temporada de estudios universitarios de Gimbernat, la fundación del Colegio de Cirugía de Cádiz, y bien fuera porque su fundador D. Pedro Virgili, natural de Villalonga, pueblo cercano á Cambrils, tuviera amistad con el padre de Gimbernat, ó bien porque el médico de la población, apreciando el ardor para el estudio del joven Gimbernat y su precoz talento lo determinara á seguir la carrera de Cirugía, es lo cierto que cumplidos sus 20 años dejó la Universidad de Cervera, y se hizo inscribir entre los colegiales del nuevo instituto gaditano.

Ya por entonces había adquirido alguna notoriedad el alumno de Cervera, cuando al ingresar en el colegio de Cádiz se le otorgó, sin previa oposición, una de las

cien plazas de alumnos internos que en él se crearon, las cuales fueron muy codiciadas, no ya sólo por las ventajas y facilidades que concedían para el estudio y práctica de la cirugía, sí que también por el fuero de la Real Armada de que disfrutaban los agraciados, con uso de uniforme por ser el principal objeto de la fundación de aquel colegio el proveer de buenos cirujanos los buques de nuestras escuadras.

Esta circunstancia favoreció muy mucho las inclinaciones de Gimbernát, y fueron tantos y tan grandes sus progresos en el arte difícil de la disección anatómica, se dedicó á ella con tanto afán y con ardor tanto, que pronto sus profesores le nombraron ayudante de Anatomía y practicante del Director, en la clínica quirúrgica. Estos nuevos nombramientos con sus personales méritos adquiridos, le permitieron asistir á la clínica de Virgili, muy numerosa y variada, por las grandes estancias que en el hospital había de individuos de tropa y marinería, y en la cual, nos dice su hijo D. Agustín, llenó ya buen número de cuadernos con notas y observaciones de anomalías arteriales y de alteraciones patológicas, recogidas en sus disecciones y autopsias.

De esta suerte continuó Gimbernát sus estudios hasta recibir la licenciatura de cirujano de primera clase ó cirujano latino, adquiriendo á la vez que el título profesional, justo y merecido renombre entre sus profesores y condiscípulos, como habilísimo anatómico, preparación indispensable para llegar á ser como lo fué más tarde, un experto y peritísimo cirujano.

II

Discípulo predilecto del eximio Virgili, cuando éste fué comisionado por Real orden del año 1760 para trasladarse á Barcelona y fundar este Colegio de Cirugía, á imitación del existente en Cádiz, en el cuadro de profesores que presentó al Rey propuso á Gimbernat para el desempeño de la cátedra de Anatomía y para el cargo de cirujano mayor del Hospital de la Santa Cruz. Por grande que fuera la autoridad científica de Virgili, y por grande que fuera también su prestigio en las altas esferas del poder, no dejó de llamar la atención aquella propuesta por recaer en un joven, que si bien poseía todos los conocimientos indispensables, pudo juzgarse que le faltaban la experiencia y la madurez de juicio necesarias para el desempeño de cargos tan delicados. Así fué que su nombramiento tropezó en Madrid con grandes obstáculos, y Virgili tuvo que repetir varias veces sus instancias para obtenerlo, lo cual no consiguió hasta algunos años después, ó sea en el de 1763.

En principio los escrúpulos del Gobierno tenían su razón de ser. El hombre vivo, aunque enfermo, no es campo de experimentación para que en él se hagan imprudentes ensayos á que la juventud en su ardoroso afán puede verse impulsada, y por ello el desempeño

de las clínicas y la dirección del servicio de cirugía en un hospital tan importante como el de Barcelona, requerían que al talento acompañase la experiencia propia de la edad madura. Sin embargo, Virgili que participaba igualmente de los mismos principios, hizo una excepción en favor de Gimbernat, y cuando vió realizado su deseo, los resultados demostraron cuán grande era el conocimiento que tenía de las condiciones de su discípulo, y cuán merecedor era éste de la confianza de su maestro.

En efecto, Gimbernat, iniciado desde su juventud en la práctica de las operaciones quirúrgicas del Hospital de Cádiz, poseedor de una habilidad especial en el manejo de los instrumentos quirúrgicos, y avezada su mano al uso de los mismos; observador atento de los síntomas que distinguen las varias enfermedades, y dotado de un criterio superior para analizarlos y juzgarlos, llegó á ser en este hospital un práctico eminente, cuyas operaciones fueron otros tantos triunfos, sin que jamás, á pesar de la envidia que rodea á los hombres superiores cuando con su talento conquistan puestos preeminentes, nunca, repito, se dió el caso de que se le conociera error alguno en la práctica siempre difícil, y mil veces expuesta del arte de la cirugía.

Y si en las clínicas fué artista inimitable, admirado lo mismo por sus discípulos que por sus compañeros, como Catedrático, como profesor de Anatomía, no dejó atrás la justa fama y merecido renombre que adquiriera como operador. Con estilo llano y dicción clara y correcta, exponía la ciencia á los alumnos, de manera que fuese por ellos fácilmente comprendida, refiriéndose siempre en sus lecciones al cadáver humano, que

es, según constantemente repetía, el gran libro donde debe buscarse y aprenderse todo lo que con el arte de curar se relaciona.

III

Los servicios de Gimbernat, no debían empero circunscribirse á los estrechos límites de una Cátedra y á la clínica de un hospital. El rey D. Carlos III, deseoso de que en España se conocieran todos los adelantos científicos, solía enviar al extranjero, como lo había hecho su hermano y antecesor D. Fernando VI, comisiones de los hombres más eminentes de España en los diferentes ramos del saber, para que estudiaran é informaran acerca de los progresos que la ciencia moderna alcanzaba en las demás naciones, y al tratarse de nombrar á los que debían desempeñar tan útil como delicada misión en lo referente á la ciencia médico-quirúrgica y á la organización de su enseñanza, fué designado por Real orden del año 1774 en primer término nuestro Gimbernat, quien juntamente con otro ilustre profesor del Real Colegio de Cádiz y Cirujano de la Real Armada, D. Mariano Ribas, debían trasladarse á París y observar detenidamente la práctica y método que se seguía por los profesores de aquella capital en las operaciones y curaciones de los enfermos en la clase de Cirugía, y después verificar lo mismo en Londres, Edimburgo y Holanda.

Tres años estuvieron en París y dos años entre Londres y las otras capitales. En sus viajes, la gloria y el renombre de nuestro biografiado debía traspasar las fronteras de la patria, arraigando sólidamente en otras naciones que han sido consideradas superiores á la nuestra en ciencias y artes, y que tuvieron ocasión de apreciar por modo positivo y práctico cuán grande era su inventiva y cuán profunda su observación. En efecto, el día 25 de Abril de 1777, asistía Gimbernat á la Cátedra del gran maestro inglés Hunter, en Londres, y después de escuchar los procedimientos que enseñaba el profesor para practicar la operación de la hernia 'cru-ral, hizo públicamente la historia de otro método que él había inventado para la misma operación, pudiendo citar, añadió, dos operaciones practicadas por su método, y con el más feliz resultado en mujeres del Hospital de Barcelona, los años de 1772 y 1773. Hunter escuchó con la mayor atención el proceder operatorio del profesor español aprobándolo, y ofreciendo que lo aplicaría en lo sucesivo.

Este hecho, no accidental y aislado, sino fruto evidente de estudios profundos, así como las acertadas observaciones que hizo de consulta con profesores eminentes, Pott entre otros, acerca de casos dudosos que se presentaban en las clínicas, triunfando siempre el diagnóstico hecho por Gimbernat, hubieron de atraer hacia él la atención de aquellos médicos y cirujanos, quienes le distinguieron desde entonces con su consideración más respetuosa, enalteciendo en él á la nación que con tanto acierto le había dado aquel encargo delicadísimo.

IV

Terminada su comisión científica en 1779, regresaron á su patria Gimbernat y Ribas, dispuestos á ocupar sus respectivas Cátedras. Mas en 19 de Marzo del mismo año, el Sr. D. Miguel Múzquiz, ministro de aquella época, pasó una orden del rey al capitán general de Cataluña, conde de Riclá, mandando que Gimbernat y Ribas se trasladasen á Madrid y permanecieran en la corte asistiendo en el Hospital general, hasta tanto que se estableciera el nuevo Colegio de Cirugía que S. M. tenía proyectado y resuelto.

Encargados Gimbernat y Ribas de presentar los planos y reglamentos para la edificación del Colegio de Cirugía de San Carlos, fueron aceptados, y más adelante aprobados por Real decreto de Junio de 1783; comenzadas las obras hasta quedar habilitado el edificio aunque no terminado, fué nombrado Gimbernat director del Colegio, y Ribas vicedirector. Celebróse el 1.º de Octubre de 1787 el acto de apertura del curso académico presidiendo el Director, el cual leyó un discurso inaugural *sobre el recto uso de las suturas y graves daños que se seguían de los abusos introducidos en su práctica.*

Las numerosas y grandes operaciones quirúrgicas que Gimbernat desde su traslación á Madrid practicaba

en el Hospital general y en su clientela; de litotomía para la que había inventado varios instrumentos; de hidrocele también numerosas y por su método particular; de cataratas, recobrando la vista casi todos los operados, y haciendo uso, para separar los párpados, de otro instrumento que llamó *anillo ocular*; la curación de algunos casos de aneurisma de la poplitea por la compresión, con instrumento por él ideado en un alto empleo de la Armada y en otras personas de calidad, y las muchas operaciones de hernias estranguladas, le valieron gran prestigio y justa reputación, encumbrándolo á los más altos puestos y honores.

Hasta este momento, señores, Gimbernat ha sido sólo el gran clínico, el sabio maestro que ha difundido la ciencia con su enseñanza y devuelto la salud á los enfermos con su hábil y experta mano. Desde este punto, empero, vamos á verle dedicado, no ya á enseñar con arreglo á los planes establecidos, sino modificando estos mismos antiguos planes, para que la enseñanza fuera más provechosa á los alumnos y la nación entera contase con aptos y buenos cirujanos.

Todos sabemos que España sólo tenía antes de aquella época dos Colegios de Cirugía, ambos de fundación muy reciente y destinados exclusivamente para el servicio de los cuerpos de Marina el de Cádiz, y para los ejércitos de tierra el de Barcelona.

Para las clases civiles no existía Colegio apropiado, y los pueblos hallábanse servidos por titulares de diversas clases, cuyos estudios y cuya aptitud oficial se graduaba por el número de vecinos de que aquellos se componían. Pero desde el establecimiento del Colegio de Madrid, se formaron profesores destinados á ejercer

la buena Cirugía en los pueblos y ciudades de la Península.

Los laureles recogidos por Gimbernat no le adornaron en su empresa, patriótica y humanitaria, de organizar en España este ramo tan importante de la enseñanza; por cuyo motivo, cumpliendo otra orden Real, presentó un proyecto de reglamento para el Colegio de Barcelona, en vista del cual se le mandó, en 5 de Julio de 1791, que reformase aquella Ordenanza y la remitiera á la aprobación de S. M.

A graves diferencias y contrariedades innúmeras se expone siempre el que pretende romper antiguos moldes á los que se hallan ajustados los organismos existentes; no siendo pocas ciertamente las que se opusieron á la obra de nuestro gran maestro en esta nueva y no menos difícil, casi temeraria empresa. Los intereses creados por una parte, y por otra la envidia y el desdén, que miran siempre con malos ojos todo cuanto tendiendo á ensalzar á los demás posterga y humilla la propia vanidad, motivaron una guerra sin cuartel á los proyectos reformadores de Gimbernat, quien sin duda hubiera salido vencido, á no desplegar toda la energía de su carácter entero, y á no tener sobre tan sólidas bases cimentada su competencia y autoridad.

Proponía Gimbernat en su informe que los Catedráticos explicaran siempre la misma asignatura, porque de esta suerte obtendría la enseñanza las mayores ventajas, añadiendo que la variación anual de materias hasta entonces observada, había retrasado notablemente sus progresos, ya que la enseñanza siempre débil por falta de un cultivo continuado, no se había vigorizado tanto como correspondía.

Empero lo que más fama ha merecido á Gimbernat y que más demuestra la independenciam de carácter y el amor á la ciencia y á la humanidad, es su condenación expresa de la división entonces existente entre las varias personas que se dedicaban al arte de curar las enfermedades en sus diversas manifestaciones quirúrgicas. Razones que no es del caso exponer aquí, habían originado no ya sólo la separación entre los médicos y los cirujanos, sino que esta última clase se dividía en dos: cirujanos latinos y cirujanos romancistas, sin contar otras varias.

Y como quiera que para cortar de raíz división tan funesta y peligrosa, lo indispensable era difundir la enseñanza de la buena cirugía por medio de establecimientos á ella dedicados, hizo Gimbernat que se crearan con arreglo á sus planes los Colegios de Burgos y Santiago, proponiendo á la vez el establecimiento de los de Zaragoza, Salámanca y de otras poblaciones importantes del reino.

V

Aunque breve, compendiada y sucinta, hemos hecho una reseña de lo que fué Gimbernat en su larga carrera científica. Grandes triunfos alcanzó, pero no fueron menores sus decepciones y desengaños. Entero y enérgico, los resistió con éxito; mas fueron consumiendo lentamente su naturaleza robusta, hasta que la edad y



la fatiga intelectual produjeron los naturales frutos. Aquella inteligencia activa, creadora, potente, fué apagando sus últimos destellos, extinguiéndose en ella completamente *la luz de la razón*; y al cuerpo sobrevinieron enfermedades que pusieron en cruel tortura los últimos años de su existencia.

Las cataratas anublaron su vista, y aunque la mano experta de su compañero Ribas desvió los cristalinos para conservarle el más preciado de los sentidos, Gimbernat, que conocía como ningún otro profesor aquella enfermedad, y que había practicado la extracción de la lente en multitud de ocasiones, con una imprudencia hija del estado de su mente decrepita, malogró la operación y perdió uno de los ojos.

Esta nueva desgracia no bastó á libertarle tampoco de las diatribas insidiosas de que fué víctima por individuos detractores de su bien sentada reputación, y rendido, fatigado, entregó su alma al Creador al nacer el día 17 de Noviembre de 1816, cuando ya contaba la avanzada edad de 82 años y nueve meses.

VI

Durante su larga y aprovechada existencia, fué agraciado Gimbernat con los títulos y honores de Consejero de Hacienda; primer cirujano de Cámara; fundador y primer director del Real Colegio de Cirugía Médica de San Carlos en Madrid; Presidente de la Real

Junta gubernativa de los Reales Colegios de Cirugía y otros.

Pocos de sus escritos científicos se han dado á la imprenta; en general, inaugurales y Memorias, siendo entre éstas la publicada en 1793, *Nuevo método de curar en la hernia crural*, á la que se debió quedara su nombre en la ciencia unido al del repliegue triangular del extremo interno del arco crural: el ligamento de Gimbernat.

Era Gimbernat de natural robusto sin obesidad; se distinguía por su fino y atento trato, y la expresión simpática de sus facciones: de actividad asombrosa, que demostraba asistiendo con rara puntualidad á su Cátedra de Anatomía y á la visita del hospital. Los compromisos de una numerosa clientela le dejaban libres pocas horas para su reposo, y en ellas debía atender á las comisiones y á los trabajos de gabinete. Dotado de feliz memoria y clara inteligencia, era pronto en concebir y en juzgar con rectitud y seguridad; pues juzgar bien y con acierto da superioridad entre los hombres, por ser el juicio la primera de las facultades del alma, de que las otras dependen.

Cumple hoy el Claustro de Catedráticos de esta Facultad de Medicina el deber imperioso de honrar la memoria de Gimbernat; y quiera Dios que ese busto esculpido en las paredes de la sala de disección, y ese nombre que lo da á conocer, sirvan á todos de modelo para que procuremos imitar las grandes virtudes y los merecimientos no menores del gran Maestro que ellos nos recuerdan.

Días vendrán, todos los anhelamos, en que esta Facultad de Medicina vea levantado un edificio propio

para satisfacer sus actuales necesidades, que son las de la ciencia que tanto amó Gimbernat, y entonces, lo que es hoy un ensayo, un recuerdo modesto, se convertirá en testimonio permanente del alto aprecio en que todos tenemos la memoria del sabio cirujano que hoy conmemoramos en esta solemnidad académica.

HE DICHO.

Una nutrida salva de aplausos coronó la lectura del Dr. Silóniz; y á continuación, la alumna del Conservatorio Srta. D.^a Rosita Montells, cantó con tanto sentimiento como afinación, acompañada al piano por el maestro Sr. Rodoreda, la romanza *Rimorsi*, letra y música del Dr. D. José de Letamendi; bella composición que demuestra los conocimientos musicales de su enciclopédico autor. El acto, tan bien yuxtapuesto entre las dos oraciones científicas, fué aplaudidísimo.

Concluído el canto, subió á la tribuna el Catedrático Dr. D. Mariano Batllés y Bertrán de Lis, que con clara y majestuosa entonación leyó la siguiente

Biografía del Ilmo. Sr. Dr. D. José de Letamendi

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Señores:

El claustro de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, me ha honrado con la delicada

misión de leer en este solemne acto la biografía del eminente anatómico español Dr. D. José de Letamendi, el más genial de los médicos contemporáneos, la inteligencia más colosal de nuestros tiempos. El campo lo encuentro ya espigado: así es que mi tarea va á resultar en extremo dificultosa.

Del célebre, por muchos conceptos, Letamendi, se han publicado innumerables trabajos biográficos en *La Ilustración Española y Americana*; en *La Academia*; en el *Doctor Sangredo*; *Ilustración Musical*; en el libro *La Medicina y los médicos*, de Angel Pulido; en el *Diccionario biográfico de escritores y artistas catalanes*, habiendo también escrito acerca de esta lumbrera de las ciencias médicas, literatos tan eximios como Ortega Munilla, Kasabal, Antonio Hurtado, Alejandro Pidal y Mon, Eusebio Blasco, Menéndez Pelayo, Nieto Serrano, y otros más, entre los cuales citaré al autor de la más completa biografía publicada, el distinguido literato médico D. Luis Comenge.

Vengo pues en virtud de un mandato á leer este trabajo biográfico, y si el claustro de la Facultad de Medicina ha pensado en mi modesta personalidad para encargarme este discurso, ha sido por caberme la honra de ser el sucesor en la cátedra de Anatomía del incomparable anatómico español.

Parece natural, que como anatómico únicamente, considerase su saliente personalidad.

Pero á Letamendi, como á los brillantes, no se les ha de examinar solamente en una de sus facetas: hay que considerarle en sus múltiples, diversas y heterogéneas aptitudes.

Algunos de los autores de estos notables escritos biográficos, han tratado de establecer comparaciones entre Letamendi y otros genios que han sobresalido y brillado en las diferentes esferas del arte y de la ciencia.

Escritor hay, que atendidas sus condiciones físicas, su artística cabeza, su frente despejada y espaciosa, su larga y sedosa cabellera y su prolongada perilla, lo comparan al ilustre cantor de Granada, al inspirado vate D. José Zorrilla.

Otros, ven en Letamendi al romántico poeta de principios de este siglo, el cantor de Teresa, el malogrado Espronceda.

Otros, por la galanura y la elegancia en las descripciones anatómicas lo comparan á los anatómicos españoles Bonells y Lacaba.

Otros, encuentran semejanzas y analogías, dentro del terreno musical, también cultivado por Letamendi con notable aprovechamiento, con el insigne maestro y compositor Wagner.

Yo, voy á permitirme añadir á estas comparaciones una de mi cosecha particular: yo creo que Letamendi, bajo el punto de vista cerebral, puede compararse al insigne matemático, peritísimo ingeniero, conocido hombre político y fecundo é inspirado dramaturgo D. José de Echegaray, que si no ha brillado en otras esferas de la vida científica y artística, es sencillamente porque no se lo ha propuesto, pues su cerebro,

admirablemente organizado, como el de Letamendi, se halla dispuesto á todas las grandes concepciones y á todas las creaciones de la inteligencia.

El distinguido literato D. Isidoro Fernández Flores, conocido en la República de las letras con el pseudónimo de Fernán-Flor, para ponderar la cabeza colosal de Echegaray, decía en un admirable artículo afilegrinado, publicado con motivo del estreno de una de sus mejores obras dramáticas, que allá en el cielo existen diversos departamentos para la confección de las diferentes piezas de la organización humana: en una sección se construyen los miembros inferiores, en otra los miembros torácicos ó superiores, más allá los troncos, y en un departamento especial se confeccionan las cabezas, las azoteas del cuerpo humano.

Un día, dice Fernán-Flor, iba Dios recorriendo los diferentes departamentos, dando cumplidas instrucciones para la mejor preparación de los trabajos que se ejecutaban en aquellos singulares talleres.

Al llegar al departamento en el que se confeccionaban las cabezas, no le gustó cómo trabajaban aquellos operarios, y tomando con sus divinas manos un poco de la enorme masa destinada para este objeto, hizo una cabeza, que como obra de Dios resultó perfecta, y la dejó sobre un pedestal, para que sirviera de modelo.

Hubo un día grande pedido de hombres para la tierra: se pedían con profusión brazos, piernas, troncos y cabezas; ya se había agotado la existencia de cabezas, y en la tierra aguardaba un tronco con sus cuatro extremidades, que sobre el cuello se aplicara esta parte principalísima de la organización; el pedido

era urgente y no hubo más remedio que enviar á la tierra la cabeza modelo, la cabeza ejecutada por las manos de Dios: esta es la cabeza de D. José de Echegaray.

Esto decía Fernán-Flor hace ya bastantes años; yo me permitiré añadir á esta fantasía de tan eximio literato, pues á él sin duda se le olvidó el consignarlo, que allá en el cielo, además de los operarios destinados á la construcción de las diversas piezas de la maquinaria humana, existe uno, exclusivamente consagrado á combinar las substancias gris y blanca, que con el fósforo correspondiente han de constituir la masa cerebral.

Este operario, hubo un momento en que se hallaba distraído, y confeccionó un cerebro con sólo substancia gris, olvidándose de colocar la blanca en su lugar, y acumuló en aquel cerebro, también distraidamente, todo el fósforo que tenía dispuesto para repartir entre millares de masas encefálicas; este cerebro, construido bajo la influencia de tantas equivocaciones, es el cerebro de D. José de Letamendi, del eminente anatómico, del castizo literato, del hábil cirujano, del experto médico, del correcto pintor, del orador elocuente, del maestro peritísimo, del sagaz economista, del sabio filósofo, del competente sociólogo, del músico inteligente, del concienzudo matemático, del erudito políglota, del inspirado poeta, en una palabra, del hombre enciclopédico que con su inmenso talento, su vasta ilustración y su imaginación calenturienta, es el asombro de la generación actual, y lo será, sin duda alguna, de las generaciones venideras.

En la época feliz en que yo era alumno de la cátedra de Anatomía, no tenía todavía la honra de conocer y de tratar al insigne Letamendi.

Entre mis compañeros de aquel curso, había uno que había sido discípulo del eminente anatómico. El me refería sus genialidades, sus rasgos felicísimos de ingenio, sus oportunas y atrevidas comparaciones, la manera cómo explicaba la asignatura de Anatomía; todo esto despertó en mí profunda veneración por el maestro y deseos vivísimos de conocerle.

Terminada mi carrera de médico en la Universidad Valentina, gloriosa por el renombre de sus esclarecidos maestros, sin deberes académicos que allí me retuviesen, realicé por fin mi sueño dorado: oír una explicación de Letamendi.

Vine á Barcelona exprofeso, entré en este anfiteatro, me senté en uno de esos bancos confundido entre la multitud de escolares que entonces poblaban estos escaños, y con sinceridad confieso que una extraña emoción embargó mi espíritu y escalofrío general se apoderó de mi cuerpo. Absorto, sin pestañear siquiera, le oí una lección de prolegómenos de Anatomía, y tal deleite me produjo y tanto me gustó la muestra, que me quedé en Barcelona para proporcionarme el gusto de aprender lo que nunca había oído y lo que jamás había leído en las magistrales obras de Anatomía, tanto nacionales como extranjeras.

Desde entonces data mi conocimiento y amistad con el genial anatómico de nuestros tiempos.



Letamendi es maestro en todos los momentos y en todas las manifestaciones de su prodigiosa actividad; es maestro, sentado en el sillón de su cátedra, explicando su asignatura, y es maestro en la conversación particular, siempre salpicada de derroches de ingenio, de rasgos de originalidad, de oportunos conceptos, de frases felicísimas que revelan una erudición asombrosa, que deleita á los que tienen la honra de escucharle.

Letamendi, bajo el punto de vista de la erudición que atesora y que prodiga, lo podemos comparar á un buque velero bien lastrado, de condiciones navieras excelentes, que puede navegar por todos los mares sin experimentar la más ligera oscilación, recalando, sin escarceos, en el puerto ó fondeadero que se proponga, en donde echa anclas, coloca amarras y eleva en el extremo libre de los palos que constituyen su arboladura los gallardetes de múltiples colores, con los que la brisa suave juguetea.

Como polemista es temible; desgraciado el adversario que se le ponga enfrente, pues con su lógica inflexible, con su argumentación poderosa y con su incontrovertible dialéctica, lo destroza y pulveriza.

En el juicio breve que publiqué, con motivo del libro que sus admiradores le dedicaron para celebrar

su onomástica fiesta, decía que Letamendi es *fábrica* y *almacén* de cuantos productos intelectuales pueden apetecerse.

En aquella *fábrica* se elaboran de continuo grandes concepciones de toda especie.

En ella, con igual actividad y acierto, trabajan las gigantescas células nerviosas que forman el elemento potente y creador de sus admirables y bien organizados hemisferios cerebrales, cuando tienen que resolver un complicado problema algebraico, cuando conciben un cuadro que la mano traza en el lienzo con admirable maestría, ó cuando crean un conjunto de armonías musicales que hacen vibrar las cuerdas del sentimiento; con igual acierto y destreza funcionan al elaborar un discurso científico, saturado de ideas originales, de imágenes brillantísimas, de forma elegante y de estilo sublime y elevado, que cuando dirigen su hábil mano de operador, para trazar en el cuerpo humano con el bisturí los cortes que requiere una complicada operación quirúrgica.

Este es Letamendi considerado como *fábrica* de múltiples y heterogéneos productos intelectuales.

Como *almacén*, son incalculables los tesoros científicos, artísticos y literarios que en los recónditos pliegues de sus circunvoluciones cerebrales se atesoran.

Ya podéis pedir, que de todo encontraréis.

Allí hay numerosos y profundos conocimientos anatómicos y de todas las ramas de la Medicina y Cirugía, allí se atesoran los innumerables vocablos, giros diversos de los ricos idiomas francés, inglés, italiano, alemán, griego y hasta del ruso; allí el conocimiento completo y acabado no sólo de la literatura patria, sí

que también de las literaturas extranjeras; allí el conocimiento exacto de las artes pictórica y musical en sus múltiples y variadas manifestaciones; en una palabra, para concluir: Letamendi es una enciclopedia viviente.

En el ramo de Anatomía fué un alumno sobresaliente, un ayudante experto, un substituto inteligente, un excelente Director de trabajos anatómicos y un Catedrático eminente y sobre eminente incomparable; según su feliz y ocurrente expresión, *en el ramo de Anatomía no le falta desempeñar más cargo que el de cadáver.*

En las descripciones de los órganos no se limita á la monótona enumeración de los caracteres matemáticos, físicos y topográficos: con su palabra amena y gráfica da vida y calor al cuadro de las biografías orgánicas, que esmalta con oportunos retoques fisiológicos, y sobre todo, facilita la rápida comprensión de sus lecciones con ingeniosísimas comparaciones.

Como ejemplo de su originalidad voy á citar dos nada más de estas comparaciones que él hace, que me llamaron la atención y que cada año las cito en mi cátedra cuando explico los huesos etmoides y temporal.

La mayor parte de los autores de obras de Anatomía al mencionar la forma del hueso etmoides le asignan una configuración cubóidea y admiten seis regiones para su descripción.

Letamendi compara el etmoides á un burrito cargado con sus pequeñas alforjas: la cabeza se halla representada por la eminencia conocida con el nombre de apofisis crista-galli, el cuerpo por la lámina cribosa, y las extremidades, que se hallan fusionadas, por la hoja vertical; las alforjas son las masas laterales ó laberínticas que pendientes se hallan por debajo de la lámina horizontal ó cribosa.

El hueso temporal que los anatómicos dividen para su estudio en tres porciones, y cuya forma en conjunto no es comparable á objeto conocido ó figura geométrica, Letamendi lo comparaba á una natilla de esas que venden en las lecherías y cuya base, del cono que representa, descansa sobre la verde hoja: la porción petrosa del temporal representa la natilla que en vez de hallarse verticalmente colocada se le ha impreso una marcada oblicuidad: la hoja se halla representada por las porciones mastoidea y escamosa.

Con el escalpelo en la mano realizaba maravillas; con los lápices de colores hacía prodigios en la pizarra: con los pinceles trasladaba al lienzo con exactitud admirable y con propiedad artística los órganos de nuestra economía, como podréis fácilmente comprobarlo, si examináis los magníficos cuadros al óleo que figuran en nuestro Museo Anatómico y que galantemente fueron cedidos por su autor.

En los 25 años de magisterio anatómico, no escribió de esta rama de la Medicina más que el monumental programa razonado que envió á Madrid cuando intentó hacer las oposiciones á la cátedra de Anatomía, á la sazón vacante en la Universidad central.

Esta magistral obra permanece inédita para la gene-

alidad; únicamente alguno de los jueces que componían aquel tribunal, procuró entresacar durante el tiempo que el programa obró en su poder, algunas de las clasificaciones y conceptos originales de Letamendi, que después exponía como trabajo suyo, sin indicar la procedencia.

Cruzó por la cátedra de Anatomía sin publicar obras de esta asignatura, pero de sus propias *ópera médica*, recientemente publicadas, se puede extraer lo que de intento ha dejado allí escrito como testamento anatómico: en esas obras se delinea y se vislumbra el programa del porvenir de la ciencia de Vesalio.

Como padre del moderno individualismo, la Anatomía que Letamendi enseñaba era ya profundamente individualista: mas el campo anatómico resultaba impropio, y le parecía pequeño para hacer de él la *Sagunto de la restauración Hipocrática*.

Como no llenaba sus aspiraciones ni le satisfacía escribir un Sappey más, un Cruvelihier, ó un Gegenbaür, se calló, permaneció mudo y silencioso, aguardando otros tiempos y otro campo.

En su obra magna de Patología general, parte de su Tribiblión Médico, en el capítulo titulado *De la verdadera Anatomía*, dejó hechos los desmontes, construidos los túneles, dispuestos los terraplenes y colocados los rails del camino que ha de seguir la Anatomía hasta su consumación científica.

En la «Teoría de las causas psíquicas de enfermedad», deja sentado acerca del problema anatómico, fisiológico y patológico, lo que más de dos escritores médicos han calificado de clara y completa intuición de la venidera solución empírica del problema psico-

somático. Su testamento práctico se halla consignado en el tratado V de la obra titulada *Curso de Clínica general*.

Como orador, no se caracteriza por la fogosidad, vehemencia y apasionamiento de la frase: su palabra es lenta y reposada; su oratoria es insinuante y persuasiva; sus ademanes son naturales, sin adoptar jamás actitudes teatrales ni emplear tonos melodramáticos; expone con sencillez y claridad, con esa difícil facilidad que no todos poseen, contrastando el reposo de su palabra con los movimientos vivos y agitados de su cuerpo, que él, con su pintoresco lenguaje, atribuye á que, como no ha tenido hijos, *se le han quedado todos dentro*, y de aquí su viveza y su constante agitación.

Para dar una idea de cómo subordina la amistad, e l cariño y la simpatía al cumplimiento estricto de su deber, que es su constante norma, y de la justicia que es su constante aspiración, voy á citar un episodio de mi vida académica, que nunca se borrará de mi memoria, en la que quedó grabado con caracteres indelebles.

En la *Gaceta* se publicó el tribunal que había de juzgar los ejercicios de oposición á las cátedras de

Anatomía vacantes en las Universidades de Zaragoza y de Granada.

Era yo uno de los opositores que habían de actuar en aquel torneo científico.

De los siete jueces de que se componía aquel respetable tribunal, en el que figuraban notabilidades en las ciencias médicas, únicamente conocía á D. José de Letamendi.

Desde Valencia, en donde residía á la sazón, le escribí pidiéndole amparo y protección en aquel duro trance, pues era la vez primera que me lanzaba á una lucha científica de tanta importancia y trascendencia.

A mi carta suplicatoria me contestó en estos lacónicos y expresivos términos, que excuso decir me hicieron el efecto de una ducha fría: *La encomienda de jurado abule la propia personalidad y hay que atenerse, no á lo deseado, sino á lo debido.*

Llego á Madrid, y después de verificado el sorteo de trincas lo encuentro en la calle de Atocha, me llama, me aproximo á él y me dice las siguientes textuales palabras: «Desde hoy quedan interrumpidas entre nosotros las relaciones de amistad; entre V. y yo no deben existir otras que las que mediar deben entre el juez y el opositor.»

Letamendi, además de tener un entendimiento poderoso, una memoria feliz, una intuición perspicaz, por la que adivina lo que existe y lo que todavía está

por existir, y una imaginación brillante y deslumbradora, tiene un corazón inmenso que es de oro, en donde sólo se anidan, en donde sólo caben los sentimientos puros, nobles y levantados.

En el año 1854, el cólera morbo asiático invadió el cercano y pintoresco pueblo de San Gervasio de Cassolas, y Letamendi fué nombrado médico titular, aunque con carácter provisional.

Allí se multiplicó visitando á los pobres, derramando á manos llenas los consuelos de su inagotable ciencia y prestando servicios de valiosísima importancia, hasta que la terrible epidemia que diezma los habitantes de aquel pueblo extinguióse por completo.

El Gobierno le asignó como recompensa pecuniaria á sus trabajos profesionales, una dieta de veinte pesetas diarias, que Letamendi renunció en favor de los pobres de la localidad.

¡Singular contraste!

En los tiempos positivistas que ahora imperan, varios modernos Galenos lo han arreglado de otra manera, pues algunas individualidades médicas cobran, sin reparo alguno, pingües dietas por combatir fantásticas epidemias y cóleras imaginarios é ilusorios.

Después de esta brillante campaña por Letamendi realizada en contra del huésped del Ganges, el Gobierno le concedió la cruz de Beneficencia de primera clase, única condecoración que ostenta en su honrado y noble pecho.

Catalán de nacimiento, por Cataluña siente vivísimo cariño y acendradas simpatías: aquí habría concluido su existencia á no mediar las reiteradas súplicas de importantes personalidades de la corte, que influyeron en él para que solicitara en el concurso abierto la cátedra de Patología general, vacante en la Universidad central, cuya cátedra le fué otorgada en vista de sus relevantes méritos, á propuesta del Real Consejo de Instrucción pública.

Trasladado á Madrid, su colosal inteligencia se desbordó, como un caudaloso río cuando se sale de madre; todos los centros científicos le solicitaban, las Academias le abrían de par en par sus puertas, la Cámara Alta le otorgó un puesto en sus escaños rojos, el Real Consejo de Instrucción pública le admitió en su seno, en el Real Consejo de Sanidad figuró como uno de sus más ilustres miembros, el Gobierno le nombró Decano de la Facultad de Medicina, el Ateneo le eligió su Presidente, la Real Academia de Medicina reclamó su valiosísimo concurso, hallando en todas partes el respeto y la consideración que sus múltiples talentos merecen, y cosechando abundantes y calurosos aplausos que con justicia se tributaban al genial filósofo, al médico erudito, al hábil polemista y al distinguido literato.

Tanto derroche de ingenio prodigó al llegar á la coronada villa, que el sabio anatómico y reputado catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, don Rafael Martínez y Molina, justamente apellidado *la perla de San Carlos*, asombrado por aquel torrente de frases ingeniosas que de continuo brotaba de sus labios, dijo á sus amigos: *Es preciso pagar un taquí-*

grafo que le siga de continuo, que recoja sus frases y escriba cuanto diga.

En las famosas tertulias médicas de confianza con que obsequiaba á sus amigos y admiradores en su casa de la calle de Cervantes, cuyas reuniones bautizó con el nombre de *tertulias de secano*, en las que se leían notables trabajos científicos, cuyas primicias saboreaban los contados mortales que tenían la dicha de asistir, se reveló una vez más como poeta de altos vuelos en el género festivo, que es el que siempre cultivó con singular predilección.

Su célebre poesía titulada *Proclama cursi*, llamó extraordinariamente la atención, siendo justamente celebrada por su facilidad y su gracejo, como lo demuestra la primera estrofa, que dice así:

Cuando á la corte vine de estampía,
Para echar medias suelas y tacones
A la vieja é inmortal Patología,
Traje algunos doblones,
Sudor en latas de la frente mía.

En medio de este coro de alabanzas que por doquier oía, agudos y persistentes dolores producidos por tenaz dolencia, le alejaron por larga temporada de la

cátedra, de las Academias y de los Ateneos, teatros de sus brillantes triunfos oratorios.

En otro mortal cualquiera que no fuera Letamendi, la grave enfermedad que padecía hubiera enervado sus facultades intelectuales, debilitado su cerebro, y hubiese procurado tan sólo calmar los terribles sufrimientos que de continuo le aquejaban.

Pero Letamendi, que es original hasta en la manera de estar enfermo, que detesta y aborrece todos los medicamentos y que cuando á la fuerza se le ha propinado alguno dice que tiene *forasteros en el cuerpo*, se propinó á sí mismo una receta bien extraña, y que no todos pueden propinarse: se dedicó con ahinco á componer piezas musicales, trabajo que nunca jamás había ejecutado.

Durante su larga enfermedad, en medio de los tormentos que pasaba, de los punzantes dolores que sufría por su grave afección en la vejiga urinaria, estampó en el pentágrama torrentes de armonías y de inspiración, que se revelaron en el Monasterio del Escorial, cuando á grande orquesta se ejecutaron las inspiradas obras musicales *Dies iræ* y la *Misa de Requiem*.

En Barcelona, todos los que le conocían y trataban, sabían que era peritísimo en el manejo de varios instrumentos músicos y que en materias filarmónicas era sumamente erudito y competente, como lo había demostrado en diferentes artículos críticos musicales que había publicado en periódicos de esta índole; pero todos ignoraban que fuese también compositor.

El compositor musical brotó como por generación espontánea entre las torturas de su espíritu, moti-

vadas por las amarguras y sufrimientos de gravísima enfermedad.

Un distinguido escritor y competente crítico musical, dijo con motivo de esta obra, lo siguiente: «Es un atrevido alarde de música wagneriana; las más escabrosas dificultades de composición vencidas, un conocimiento admirable de cada instrumento, una profunda filosofía nutriendo las inspiraciones de la imaginación: tal es la misa de Letamendi».

Letamendi, cuando habla, siente hondo, piensa alto y habla con admirable claridad: como escritor castizo y correcto, de los de buena cepa, esculpe la frase, cincela el pensamiento, graba con su mágico bronce el concepto, y abriga el período con imágenes que deslumbran por su brillantez, convencen y persuaden por su oportunidad y producen admiración por la originalidad que las caracteriza.

La inteligencia de Letamendi no ha experimentado nunca eclipses pasajeros; siempre ha brillado como sol refulgente en medio de resplandeciente día.

Ha escrito, como él solo sabe hacerlo, de Medicina, Sociología, Filosofía, Música, Economía política, Matemáticas y Literatura; con igual destreza maneja la pluma para escribir los voluminosos tomos de su *Tribibión Médico*, que constituyen un monumento científico de este siglo, que para escribir un soneto humorístico saturado de frases atrevidas, de chistes ingeniosos y de color subido y pronunciado.

Entre los escritos más notables de Letamendi citaré únicamente los Discursos del Ateneo: *Un Comentario á Platón*, *Elementos de lexicología griega*, *Conferencia sobre el Volapuk*, *Origen de la escritura*, *Filosofía de un carnet y un monedero*, *La música del porvenir y el porvenir de mi patria*, *Los ojos en la escultura moderna*, multitud de composiciones poéticas, doce composiciones musicales, *Elementos generales de Clínica con aplicación al método en Medicina*, *Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre*, *Valor de los estudios anatómicos en el movimiento intelectual contemporáneo*, *Ensayo teórico práctico sobre los medios de mejorar la situación económica de España*, *El pro y el contra de la vida moderna*, *La gimnástica cristiana*, *La criminalidad ante la ciencia*, y multitud de artículos publicados en los periódicos médicos por él fundados y dirigidos, como los *Archivos de la Medicina española*, *Veritas*, *Archivos de Cirugía*, *La Salud*, y otros que no cito por no alargar ya más esta reseña.

Las obras magnas, en las que cifra todo su orgullo, son las que constituyen el *Tribiblión Médico*: el *Curso de Patología general*, el libro de mi vida, como él le llamó, la *Clínica general*, ya publicadas, y la *Historia de la evolución del pensamiento en Medicina*, que la está ahora trabajando en su taller, y del que saldrá pronto, para regocijo de los amantes de la literatura médica.

Por la obra primera, el reputado catedrático don Abdón Sánchez Herrero, coloca la colosal figura de Letamendi al lado de Sydenham y Galeno.

El discurso-resumen pronunciado en el Ateneo sobre los medios de mejorar la situación económica de España, produjo una verdadera revolución en Cata-

luña, en donde las cuestiones económicas han sido siempre, y lo serán en lo sucesivo, de palpitante interés.

En aquella época, era encarnizada y sangrienta la lucha entablada entre los fogosos y ardientes propagadores de la protección exagerada hasta sus últimos límites, y los defensores del librecambio, que lo consideraban como una dulce panacea, con la que creían de buena fe que se había de obtener el alivio de los males que afligían á la nación española.

Letamendi hizo en el campo económico lo que el general O'Donnell en el campo de la política: creó una nueva agrupación, que denominó *discrecionismo*, que es lo que los modernos economistas denominan el *oportunismo*: es decir, la unión liberal del elemento economista.

Voy á terminar, señores, esta semblanza de mi digno antecesor en la Cátedra de Anatomía, pues si de Letamendi hubiera de exponer cuanto se merece, habría de escribir un libro de muchísimas páginas, en donde hiciera resaltar lo más fundamental de sus últimas producciones científicas, las cuales le han servido de campo para restaurar en toda su pureza la verdadera doctrina hipocrática.

Letamendi, tras larga y no voluntaria ausencia de su cátedra, ha vuelto á ésta desde el comienzo de este curso.

Su aparición en el histórico Colegio de San Carlos, ha revestido los caracteres de verdadera solemnidad.

Un Consejero de la Corona, un ex Director general de Instrucción pública, veinte catedráticos y numerosos ayudantes formaron el brillante y lucido cortejo que acompañó hasta su sitial al eximio Catedrático.

La Facultad de Medicina de Barcelona, su *Alma Mater*, como él la llama, celebra hoy esta fiesta académica con motivo de la colocación de su retrato *vis á vis* de sus notables cuadros anatómicos.

El Claustro de Medicina ha cumplido con su deber, enaltecendo y honrando al eminente anatómico catalán.

Pero Letamendi no es sólo gloria catalana, es también gloria nacional, que honra á Barcelona, que es su cuna, que es su patria: el Ayuntamiento de esta noble ciudad debe perpetuar su esclarecida personalidad dando su nombre, no á una calle, porque por ancha y espaciosa que fuere, resultaría estrecha para contenerle, sino á una plaza que propongo se denomine: «La Plaza de Letamendi».

Hemos terminado estos *funerales en vida*, como él dice: concluyamos, pues, y saludemos con efusión y con cariño y descubrámonos con veneración y con respeto ante la gigantesca personalidad de Letamendi: ante el Hipócrates del siglo XIX.

HE DICHO.

Acallados los nutridos aplausos que el público tributó insistentemente al Dr. Batllés, el Presidente pro-

nunció algunas sentidas palabras de gracias á cuantos habian concurrido al acto, y declaró cerrada la solemne sesión.

El Claustro de Medicina y el público pasaron en seguida á la nueva sala de Anatomía y fueron descubiertos los medallones de bronce que representan los bustos de los insignes Gimbernat y Letamendi, glorias eminentísimas de la Medicina catalana. Y con esto dióse por terminado el solemnisimo acto dedicado por el Claustro de Medicina de esta Universidad á la ciencia y virtudes de sus maestros y guías, los esclarecidos Gimbernat y Letamendi: verdaderas obras de arte, debidas al cincel del distinguido artista D. José Montserrat.

Los alumnos representantes de los distintos grupos de la Facultad, depositaron al pie de las esculturas, coronas de laurel con sentidas dedicatorias.

Concluiremos este interesante *Homenaje á los doctores Gimbernat y Letamendi*, reproduciendo el siguiente párrafo con que LA INDEPENDENCIA MÉDICA, en el número del 18 de Octubre último, terminaba su artículo profesional titulado «Una solemnidad médico-artístico-literaria»:

«Actos tan solemnes como el celebrado el día 13 por la Facultad de Medicina, dejan imperecedero recuerdo en el ánimo de cuantos tienen la dicha de presenciarlos. Felicitamos al Decano Dr. D. Juan Giné por su

acertada iniciativa, y á todo el Claustro médico, que coadyuvó al desarrollo de tan gran idea. Felicitamos asimismo á nuestro maestro Dr. D. José de Letamendi, héroe viviente de la reseñada solemnidad, enviándole desde nuestras humildes columnas la fiel expresión del acendrado afecto que le profesamos, haciendo votos para que, repuesto su organismo en completa integridad fisiológica, pueda continuar las nutridas lecciones de su asignatura, y venir en día no lejano á admirar su vera efigie, que, de hoy más, ha de ser en la nueva Sala de Disección, el Colón que señale los derroteros de la ciencia de curar á cuantos sienten plaza en los buques de la flota anatómica barcelonesa, cuyo mando hállase actualmente confiado á los almirantes Silóniz y Batllés.»

